

## SECULARIZACION Y LAICISMO

### Secularización del mundo.

*"Encuentra al hombre moderno más que nunca sin preparación para su valor sagrado, prevenido incluso frente a la adhesión y comprensión de su realidad religiosa. La mentalidad del hombre embebido en las ideas corrientes en nuestro mundo profano y cada vez más secularizado desconfía de todo lo que sobrepasa la esfera de la experiencia sensible y de la demostración científica, y prefiere andar con seguridad, y acaba por limitar sus certezas a las cosas llamadas concretas, privándose de la luz que sólo la palabra de Dios, el Evangelio, la fe, y por ello la Iglesia, puede darle. Permanece efectivamente sabio, pero ciego, acerca de la verdad de las cosas supremas y de nuestros destinos fatales y finales.*

*"Aun para ciertos cristianos la tentación de hoy es la de formarse por sí mismos la idea de un cristianismo secularizado, sin un preciso contenido doctrinal y sin la corriente vital que es propia de nuestro cristianismo vivo, verdadero y sacramental, pero adaptado variablemente a las situaciones humanas, sociales y políticas; convertido así a aquel mundo que él debería, por el contrario, convertir hacia sí."*

PAULO VI: Alocución a la hora del Angelus del día 16 de marzo (texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 17-18 de marzo de 1969; texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.434, sábado 29 de marzo y 5 de abril de 1969).

### Laicidad no es laicismo.

*"Quizá no todos han descubierto la actitud paradójica y dramática de la posición adoptada por la Iglesia católica con respecto al mundo, precisamente en el momento en que el mundo, con sus palabras o con sus hechos, declara no tener necesidad de ella, sino que la considera institución histórica y culturalmente superada y, además, embarazosa y perjudicial. El laicismo, es decir, el propósito de prescindir de Dios, es la fórmula que hoy*

"está de moda. La suficiencia del mundo para resolver por sí mismo sus problemas, para crear un humanismo propio, para darse el propio equilibrio, la propia moral, la propia interpretación de los destinos del hombre, de su historia y de su civilización, se presenta hoy con caracteres tan seguros y perentorios que hacen paradójica, por no decir vana y anacrónica, la intervención de la Iglesia en el proceso de la vida moderna. De ahí nacen formas de radical oposición a la Iglesia, difundidas en varias naciones, y sobre todo en varios sectores del pensamiento y de la política: la Iglesia, se dice, no nos va. El ateísmo se introduce después como la forma religiosa, es decir, absoluta del laicismo, si así podemos llamarla. Precisamente frente a este estado de cosas la Iglesia, con una audacia que se podría calificar de ingenua, si no fuera inspirada, se presenta al mundo; fijaos bien, como apostólica, es decir, intencionalmente determinada a ejercitar su misión de "sal de la tierra", de "luz del mundo" (Mat. 5, 14-15).

"Pío XII, nuestro predecesor, de venerada memoria, ya reconocía abiertamente, a saber: una "legítima y sana laicidad del Estado", como "uno de los principios de la doctrina católica" (A. A. S., 1958, pág. 220); así la Iglesia hoy se distingue entre laicidad, es decir, entre la esfera propia de las realidades temporales, que se rigen con principios propios y con relativa autonomía derivada de las exigencias intrínsecas de tales realidades —científicas, técnicas, administrativas, políticas, etc.— y el laicismo, que decíamos consistir en la exclusión en la ordenación humana de referencias morales y globalmente humanas, que comportan relaciones imprescriptibles con la religión.

"Por esto la Iglesia, mientras reconoce a los seculares, a aquellos que viven en la esfera secular, es decir, sin oficios de ministerio religioso, el derecho a desarrollar libre y válidamente su actividad natural y profana, no los abandona, cuando su agilidad tiene repercusión en sus conciencias; es decir, no los deja sin la doble luz de los principios y de los fines que deben orientar y gobernar la vida humana en cuanto tal."

PAULO VI: Discurso en la audiencia general del 22 de mayo de 1968 (texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 23; texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.392, sábado 1 de junio).

**Peligro de reducir el área de la cultura a lo útil y práctico, limitando su horizonte a las cosas interiores y sensibles, apartando a Dios de su pensamiento.**

“... Nosotros, hombres de hoy, ponemos una objeción: ¿Para qué sirve buscar a Dios, ¿A un Dios tan escondido? ¿No nos basta con lo poco que sabemos de Él o con lo que creemos saber? ¿No es mejor dedicar nuestro pensamiento al estudio de cosas más proporcionadas a nuestras facultades cognoscitivas, como la ciencia, la psicología, es decir, el mundo y el hombre? Esta es la gran objeción de la mentalidad contemporánea, que está totalmente atenta a los conocimientos racionales y experimentales, creyendo que éstos bastan para la búsqueda hambrienta del espíritu humano; y más aún, cree que es necesario, decididamente, fijar ese límite al pensamiento y a la experiencia del hombre moderno; esto puede admitirse también como criterio metódico aplicado a una determinada actividad de la inteligencia humana con tal que no cierre el horizonte a una búsqueda más amplia, más profunda y justa; nos lo enseña muchas veces el Concilio (cfr. *Gaudium et Spes*, nn. 36, 59, 19; *Apostolicam actuositatem*, n. 7; etc.). Pero este criterio, que marca el ámbito propio de la razón natural, se afirma en nuestra cultura, teórica y práctica, con pretensiones excesivas, porque convierte en dogmas negativos sus prerrogativas legítimas, y fácilmente cierra el progreso de la investigación y transforma la llamada secularización en un secularismo, hace de la actividad laica un laicismo, de la ciencia crítica y positiva una desmitización sistemática y un neopositivismo con tendencias puramente fenomenológicas (cfr. el estructuralismo), del estudio profano una agresiva desacralización; esto es, tiende a reducir el área de la cultura dentro de los confines de las posibilidades útiles y prácticas, a quitar en todos los campos del saber y de la acción del hombre el pensamiento de Dios, a cerrar los ojos al misterio de su apremiante e insuprimible Realidad, a debilitar el esfuerzo “religioso”, a impedir el proceso ascendente del espíritu y a calmar las innatas y profundas aspiraciones del hombre con respuestas inadecuadas, limitando su horizonte a las cosas exteriores y sensibles, al nivel legítimo, pero cerrado e insuficiente de los bienes temporales, engañándolo así con goces precarios e insuficientes.”

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del 20 de noviembre (texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 21 de noviembre de 1968; texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.418, sábado 30 de noviembre de 1968).

**Frente a la tendencia actual de secularizarlo todo; necesidad de la oración tanto comunitaria como personal.**

*“¿Qué será la Iglesia sin su oración?, ¿qué sería el cristianismo que no enseñase a los hombres cómo pueden y deben comunicar con Dios?, ¿un humanismo filantrópico?, ¿una sociología puramente temporal?”*

*“Es conocido que hoy existe la tendencia a “secularizar” todo, y que esta tendencia penetra incluso en la psicología de los cristianos; incluso en el clero y en los religiosos. De ella hemos hablado en otras ocasiones, pero es conveniente hablar de nuevo, porque hoy la oración está en decadencia. Concretemos inmediatamente: la oración comunitaria y litúrgica está recobrando una difusión, una participación, una comprensión, que es ciertamente una bendición para nuestro pueblo y para nuestra época. . . .”*

*“Pero al mismo tiempo debemos lamentar que la oración personal disminuye, amenazando de este modo la liturgia misma de empobrecimiento interior, de ritualismo exterior, de práctica puramente formal. El sentimiento religioso mismo puede decaer por la falta de un doble carácter indispensable a la oración: la interioridad y la individualidad. Es necesario que cada uno aprenda a orar también dentro de sí y por sí. El cristiano debe tener una oración personal y propia. Toda alma es un templo. “¿No sabéis”—dice San Pablo— que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?” ¿Y cuándo entramos en este templo de nuestra conciencia para adorar allí al Dios presente?, ¿seremos nosotros almas vacías, aunque cristianas, almas ausentes de sí mismas, olvidadas de la misteriosa e inefable cita que Dios, Dios Uno y Trino, se digna ofrecer a nuestro filial y embriagado coloquio, justamente dentro de nosotros? ¿No recordamos la palabra final del Señor, en la última Cena: “Si alguno me ama, guardará mi palabra, y el Padre lo amará; y vendremos a él, y fijaremos en él nuestra morada” (Jn., 14, 23). Es la caridad que ora (San Agustín): ¿tenemos nosotros el corazón animado por la caridad, que nos capacita para esta íntima oración personal?”*

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del 22 de abril de 1970 (texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 2 de abril; texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.489, del 2 de mayo).